

—El gefe de los golden-daggers! añadió Enrique que cubria á Jorge con una mirada fija é inquieta.

—Decid! decid! exclamó el círculo entero.

—Sea! exclamó Jorge Leslie cuya voz tomó un acento grave. La relacion del señor vizconde le ha impreso de antemano á la mia una especie de interes.... Voy á referiros las aventuras del jóven conde Alberto de Rosen, el mayor de los cuchillos de la montaña!

VII

EL MAYOR

—El conde Alberto de Rosen, dijo Jorge despues de haber permanecido meditando un momento, es el descendiente de una gran familia magyar. Su padre, el general Karoly, fué hecho conde de Rosen por el emperador José. Antes de ser conde, Karoly era casi rey, puesto que gobernaba en calidad de ban hereditario de Kaposvar, todo el pais situado en torno del lago Baratou, hasta mas allá de los inmensos bosques de Baccon.

En esas montañas de la América occidental, en donde le encontré, he visto al conde Alberto llorar lágrimas de sangre al

—Qué puedo hacer aquí para vivir! le dijo.

—Primeramente, qué sabeis hacer! le preguntó el general.

Porque el antiguo amigo era un general. Por qué no había de confesarlo, si una carta del conde Alberto fué la que me puso en relaciones con ese excelente hombre! El amigo era el señor O'Brien, á quien debo la honra de hallarme entre vosotros....

—Bien, bien, dijo el general; vaya una circunstancia que es, cuando ménos, inútil....

Y luego añadió dirigiéndose hácia la marquesa:

—Hermosa señora, os suplico que no os aprovecheis de esto para pedirme historias... No sé ni el principio de una sola siquiera... palabra de honor!

—El conde Alberto, continuó Jorge Leslie, le dijo al general que era cuatro veces doctor.

El general sacudió la cabeza, y preguntó:

—Sabeis hacer algo?

Como el jóven aleman desconcertado guardaba silencio, el general replicó:

—Vosotros los *Burschen* sois todos espadachines.... Sabeis lo bastante para dar lecciones de esgrima!

—Soy caballero! exclamó Alberto.

—Y yo tambien, señor, dijo el general; y tanto, que el gigante Diarmid O'Brean mi abuelo, era rey de Irlanda. Esto no me ha impedido que despues de la caida de D. Miguel, á quien servia, haya tenido que dar aquí, en el Jockey-Club, lecciones de box y del manejo del palo!....

El bajo O'Brien levantó un dedo amenazador contra Jorge Leslie, con grande alegría de la reunion.

—Que el cielo os confunda, Jorge! exclamó. Y esperaba poner eso en mis *memorias*, y he aquí que me estais robando todo mi capítulo!.... Está probado que soy biznieto de un soberano que tenia diez y seis piés ingleses de altura.... Su medida está en el palacio municipal de Galvay..... Está probado que dí, por dinero, lecciones del arte de dar puñetazos al estilo irlandés, á los miembros del Jockey-Club.... pero habré de enfadarme, Jorge, si decís una palabra mas respecto á mí!

—Decid entonces vos mismo, mi querido amigo y protector, replicó Jorge, lo que le aconsejásteis á ese pobre Alberto.

—Le habia oido tocar en el piano, dijo el general con un tono brusco, eso es si quiera un oficio.... Le dije: en Paris un cuaderno de música vale por cuatro docenas de diplomas.... Arreglaos como podais.... y adelante!.... En fin, Jorge, creo que ya basta sobre este particular.

—El conde Alberto, señoras, siguió el consejo del general, continuó Jorge Leslie: dió lecciones de piano para vivir. Habia venido á Paris sin amor; una de sus discípulas, miss Ellen Talbot, americana de nacimiento, le inspiró tiernos sentimientos...

Parece que la relacion de Jorge estaba destinada á sufrir frecuentes interrupciones.

El nombre de Ellen Talbot escitó una verdadera emocion en los salones de la marquesa:

El vizconde Enrique de Villiers se estreñeció de un modo tan visible, que el general le preguntó en voz alta si estaba enfermo.

La marquesa palmoteó ruidosamente.

Elena cambió de color y se agitó sobre su sillón, sin tomarse el trabajo de disimular su emocion.

—Vaya una cosa, exclamó la marquesa, vaya una cosa que va tomando las proporciones de una novela!.... Vosotras todas debeis acordaros, señoras, de haber visto en el lugar en que nos hallamos ahora, á esa preciosa Ellen Talbot, hija única de un miembro del congreso....

—Ciertamente! ciertamente!.... respondieron; muy jóven.

—De la edad de Elena.

—Una rubia divina! añadieron varios caballeros.

—Precisamente tenia el mismo color de los cabellos de Elena! dijo la marquesa. Era el mismo nombre, el mismo sonido de voz.... habia entre ambas una semejanza de las mas notables.... todo el mundo las tomaba por dos hermanas!....

—No sé si alguna vez ha habido un cariño mas profundo, un amor mas vivo entre dos hermanas, que el que nosotras nos profesábamos.... murmuró Elena que tenia los ojos arrasados en lágrimas!

LIBRERIA ALFONSINA
CALLE UNIVERSITARIA

—Pero, cómo es posible, replicó la marquesa, que no hayamos podido hablar jamas de ese famoso conde Alberto de Rosen, nosotros que veíamos á los Talbot todos los dias?

Elena se ruborizó y bajó los ojos.

—Creo adivinar que la señorita de Boistrudan, no era tan estraña á ese conocimiento como parece, dijo en voz baja Enrique.

—Y no os equivocais, caballero, dijo la jóven con un tono frio. Ellen me escribió una vez de Baltimore, y el nombre de Alberto se hallaba en la carta.... En cuanto á la circunstancia que os admira, mamá, añadió volviéndose hácia la marquesa, sabeis que pasamos el invierno entero de 1846 en Niza.

—Fué en efecto durante el invierno de 1846, dijo Jorge.

Es cierto! es cierto! exclamó la marquesa; y recuerdo que sentimos infinito no haber podido abrazar á nuestra querida señora Talbot y á su preciosa hija antes de su partida para los Estados-Unidos.

Vos conocísteis á Ellen, señor? preguntó Elena.

La jóven habia tornado á ponerse pálida; pero la mirada que Jorge le dirigió fué tan ardiente y al propio tiempo tan dulce, que un vivo encarnado tornó á cubrir sus mejillas.

Jorge respondió

—Bastante, para afirmar que jamas existió semejanza mas perfecta acá en el mundo... El mismo nombre; la misma edad; la misma voz; la misma belleza... tal vez la misma alma tambien!...

Y añadió volviéndose bruscamente hácia Enrique:

—El señor vizconde no nos ha dicho habia vivido en Baltrimore?

—Poco tiempo, respondió el Sr, de Villiers con un tono ligero; la casualidad no me hizo encontrarme allí nunca con miss Talbot.... En la época en que esas señoras conocieron al conde en Paris, ya habia yo empezado mis viajes.... ¿Por qué me haceis esa pregunta?

—Para obtener vuestro testimonio, caballero, como os he dado el mio no hace un

momento.... Porque iba á añadir que al saludar á la señorita de Boistrudan, esperiménté una especie de vértigo.... Creí ver á la misma miss Ellen.... y he tenido esta idea rara que hasta el amor mismo pudiera engañarse con una semejanza tan maravillosa!.... Vuestra opinion en este punto, señor vizconde, me hubiera sido preciosa?

—Pues siento infinito verme en la obligacion de negárosla, señor, respondió el vizconde con cierto acento de altivez: os repito que jamas he tenido la honra de encontrarme frente á frente con miss Talbot.

—Por otra parte, replicó Jorge, cuya mirada llena de melancolía se clavó sobre Elena, la ilusion no podia durar mucho tiempo.... Dos flores gemelas cesan de parecerse cuando la una permanece derecha y brillante sobre su tallo, rica de savia y de vida, mientras que la otra herida y moribunda deja caer las hojas marchitas de su cáliz....

—Qué quereis decir, señor? exclamó Elena con el corazon oprimido.

Jorge pronunció lentamente y con un acento lleno de tristeza:

Miss Ellen Talbot estaba muy enferma cuando yo salí de Baltimore.

Enferma!.... y muy grave!.... le interrumpió Elena cuyas mejillas estaban mas blancas que el encaje de su cuello.

Jorge no respondió.

Hubo algunos momentos de silencio en el salon.

La marquesa se esperezaba: lágrimas mudas brillaban entre las sedosas pestañas de Elena.

El señor vizconde Enrique de Villiers era el único que conservaba la actitud de la indiferencia.

Hay una especie de hombres de miradas escrutadoras y penetrantes que miran á traves de todas las máscaras y adivinan el pensamiento bajo sus mas ingeniosos disfraces.

Estos son unos diplomáticos escojidos; tanto, que se encuentran muy raros entre los embajadores.

Si un hombre dotado de esa perspicacia se hubiera introducido repentinamente en el salon de la marquesa, tal vez hubiera advertido que el Sr. vizconde Enrique de Vi-

LIBRERIA ALFONSINA
CALLE DE LA UNIVERSIDAD
N.º 11

lliers no era la persona ménos conmovida de toda la asamblea.

Jorge fijó al soslayo sobre él una mirada.

Jorge Leslie tenia precisamente de esos ojos cuyas miradas penetran hasta los senos mas recónditos del alma. Una sonrisa amarga plegó sus labios.

El fué quien primero rompió el silencio.

—No me acordaba, dijo, estas muestras de interes que las circunstancias añaden á mi narracion.... tan lejos del pais en donde me ha cabido la honra de conocer á Alberto de Rosen y al ángel á quien él llamaba su futura esposa.... Por leve que sea el deseo de la señorita de Boistrudan, no continuaré si lo quiere.

—Por el contrario, dijo Elena con una voz breve y entrecortada; quiero.... deseo saberlo todo.... todo!

—Dios mio! añadió la marquesa, que se consolaba fácilmente; no hay que afligirse, en esa edad la naturaleza tiene tantos recursos!.... La querida niña está tal vez restablecida á estas horas.... Continúa, señor de Leslie; estas señoras os escuchan.

Jorge prosiguió sin dirigirse particularmente á Elena, bien que ésta tenia la conciencia de que hablaba solamente por ella.

—Esa familia Talbot era muy rica. M. G. H. Talbot, padre de miss Ellen, fué arruinado, como lo sabreis muy bien, por la quiebra de los bancos del Sur, que puso en inminente riesgo el crédito mismo del Estado. Entonces mandó llamar á su lado á su muger y á su hija.

El conde Alberto siguió á esas señoras hasta América.

Su amor hácia miss Ellen habia aumentado.

El señor Talbot, completamente arruinado, hizo renuncia de su cargo de miembro del congreso, y concibió el designio de ir á rehacer su fortuna á California.

Alberto le pidió la mano de su hija, y el señor Talbot le respondió:

—Cuando seamos ricos, venid conmigo al Oeste.

Y partieron.